

Capítulo 11

La herejía como vitalidad de la religión. El pensamiento gnóstico de Emil Cioran

*Leobardo Villegas
Universidad Autónoma de Zacatecas*

*“Una religión se extingue cuando tolera las verdades
que la excluyen; y bien muerto está el dios
en nombre del cual ya no se mata.”
E. M. Cioran, Breviario de podredumbre*

<https://doi.org/10.61728/AE20256098>



Los antiguos sistemas gnósticos concibieron este mundo como una obra fallida, resultado de la facultad creadora de un dios errado... un dios deficiente. Reducidas sus especulaciones teológicas a herejías, adquirieron, con el paso de los siglos, el prestigio de un aura maldita. Como flores enfermizas, como animales emponzoñados, los sistemas gnósticos germinaron en el devenir del tiempo. Ciertamente, sus escrituras fueron entregadas a las llamas, pero entre sus humaredas, en el transcurrir de los siglos, pueden advertirse algunas sombras radiantes... espectrales. Una de ellas es el pensamiento de Emil Cioran.

I. Cioran y las víboras

Iniciemos recordando ese apartado del *Breviario de podredumbre* titulado *La negativa a procrear*; en él Cioran exalta a los *grandes estériles*, denuncia la abominable *mancilla de la cópula* y alude a un demiurgo *sucio y malsano* hacedor de un universo podrido¹. Estas ideas se repetirán en el ensayo inicial de *El aciago demiurgo*, el cual lleva el título del mismo libro. Ahí se achaca la responsabilidad de esta creación a *un dios sin escrúpulos, un dios tarado*, se señala lo abominable que es el matrimonio y la procreación, la cual debería ser proscrita, lo mismo que el *instinto maternal*². En suma, estas afirmaciones pueden sintetizarse en el siguiente aforismo de *Silogismos de la amargura*: “El olor de la criatura nos pone sobre la pista de una divinidad fétida”.³

Entiendo que los juicios precitados tienen un pasado en el inicio del cristianismo, en los sistemas gnósticos surgidos en un tiempo en que esta religión era escenario de intensas disputas teológicas. Seguir sus rastros supone demorarse en la apologética cristiana, en algunos autores eclesiásticos encargados de atacar y refutar a las herejías tergiversadoras de la palabra de Dios, como Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, Irineo, Hipólito y Epifanio. Es así que, por ejemplo, hacia el final del libro I de su *Adversus haereses*, Ireneo (siglo II) justifica sus invectivas dirigidas en contra de los fundadores de las sectas gnósticas compa-

¹ E.M. Cioran, *Breviario de podredumbre*, Taurus, Madrid, 1977, pp.141-143.

² Vid. E. M. Cioran, *El aciago demiurgo*, Taurus, Madrid, 1979, pp. 7-21.

³ Cioran, *Silogismos de la amargura*, Tusquets, Barcelona, 1990, p. 82.

rándolos con animales salvajes que se esconden en las espesuras de los bosques para causar sus estropicios. Simón el mago, Valentín, Saturnilo, Cerdón, Carpócrates, Cerinto, Basílides y Marción son algunas de esas *abominables víboras* que propagan falsas creencias fundamentadas en erradas interpretaciones de los libros sagrados de la Biblia. Según Irineo:

Si alguien aparta las ramas y los matorrales y consigue ver a estos animales, ya no le pesará mucho su captura al estar bien seguro de su fiera. A todos será posible ya verlos, guardarse de sus ataques, alancearlos, herirlos y matar, por fin, a aquellas bestias devastadoras”.⁴

Posteriormente, Epifanio (siglo IV), en su *Panarion o El botiquín contra las herejías*, utiliza un argumento similar al de Irineo, solo que ahora la comparación alude no a animales dañinos, sino a plantas venenosas. Es así que evoca a conocedores de yerbas como Dioscórides, Crateo y Nicerato, arguyendo que sus conocimientos de las raíces y hojas nocivas sirven a los hombres para distinguirlas claramente y, de esa manera, abstenerse de ellas. De igual modo, él, conocedor de las infames herejías (esas otras “plantas emponzoñadas”), expone sus peligros para mantener la verdadera fe a salvo. Según sus palabras: “Damos a conocer los antidotos (razones) que podemos, para refrenar su veneno por una parte, y por otra salvar con el Señor al que quiere ser salvado”.⁵

Lo que estos dos grandes autores ignoraban es que con sus intentos de desmentir a las herejías y, con ello, erradicarlas, en realidad estaban logrando el objetivo opuesto: hacerlas perdurar en el tiempo. Hubieran logrado mucho más si simplemente se hubiesen abstenido de manifestarse. Los siglos futuros conocerían casi nada de aquellas creencias malditas. Pero no era posible. En el inicio del cristianismo, en plena agresividad y salud de esta religión, el silencio no era una alternativa. Gracias a ello nos es posible configurar un breve bosquejo de las antiguas doctrinas gnósticas, las cuales se remontan a Simón el mago. Predicaba

⁴ Irineo de Lyon, “Contra las herejías” en VVAA, *Los gnósticos I*, Gredos, Madrid, 2002, p. 176.

⁵ Epifanio, *Panarion o El botiquín contra las herejías*, vol. I, Universidad Nacional de Villa María, Argentina, 2019, p. 34.

la existencia de un dios secreto que moraba en las alturas, enseñaba que la existencia de este mundo es responsabilidad de ángeles deficientes, practicaba la magia y los encantamientos. Sus seguidores vivían, según sus refutadores, en el libertinaje.

Le siguieron, en sus impuras creencias, Valentín, Saturnilo y Basílides. Valentín afirmaba la existencia de un dios innominado, fuente de las emanaciones de las cuales surgieron cielos angélicos, lo mismo que la existencia de este mundo, el cual es resultado de la capacidad creadora de un demiurgo ignorante, que ciegamente creía ser el único dios. Sus seguidores rechazaban el Antiguo Testamento; se daban a la concupiscencia y la lujuria. Por su parte, Saturnilo postulaba igualmente un dios desconocido al cual no debía achacársele la responsabilidad de esta creación, pues, entendía, fue hecha por ángeles inferiores. En su caso, Basílides postuló 365 cielos encima de este mundo; más allá, en la cúspide, puso a su dios *Abraxas*. En el extremo opuesto, nosotros moramos en el sótano de todas las creaciones, el cual es fruto de ángeles deficientes; uno de ellos es el dios de los judíos. Enseñó, al igual que Saturnilo, que el matrimonio y la procreación son abominables. Según su escatología, la salvación afecta solamente al alma, no al cuerpo; luego entonces, es indiferente si este cae en la depravación. A continuación, Carpócrates asumía que el verdadero dios, en su perfección, yace oculto en el cielo luminoso y, por tanto, nada tiene que ver con esta creación errada. Creía, acaso influenciado por las enseñanzas de los acusmáticos de la secta de Pitágoras, o de las enseñanzas mágicas de Empédocles, en la transmigración de las almas. Sus seguidores tenían el hábito de la obscenidad y las artes mágicas.

Finalmente, Marción negaba (a diferencia de Valentín y Basílides) la existencia de cielos angélicos superpuestos unos encima de otros; por el contrario, postulaba un dualismo conforme al cual hay solamente dos dioses: uno, extraño, oculto, habita en las alturas; otro, evidente, imperfecto, es el amo de este mundo. Nosotros, criaturas erradas, dependemos, en cuerpo y alma, de este segundo dios, luego entonces, nuestra salvación supone la liberación de la paternidad disoluta que ensucia, metafísicamente hablando, nuestra existencia. Esta liberación precisa de una gracia, un favor, del dios de la luz hacia nosotros (que nada tenemos

que ver con él) para arrancarnos de las raíces que nos sujetan al mundo de la materia; a cambio podemos ofrecerle, tan solo, elegir el camino del bien... abominar del matrimonio y la procreación, pues son cosas del demonio.⁶

Llegado este momento, quiero recordar un proverbio antiguo que Epifanio utiliza para delatar la influencia que las erradas doctrinas de Saturnilo ejercieron sobre Basílides: “Un áspid toma prestado el veneno de una víbora”.⁷ Afirmo que lo mismo diría de Cioran, si lo hubiera conocido: “Un áspid toma prestado el veneno de todas estas víboras”.

II. El mundo de Cioran

Según Hans Jonas, las doctrinas de los heresiarcas antes mencionados conforman el *modelo siroegipcio* de la especulación gnóstica, el cual se distingue por asumir, a grandes rasgos, una fragmentación en las alturas luminosas que perturba la perfección de un dios lejano, trayendo consigo la aparición de diversos submundos (o cielos angélicos), entre ellos el nuestro, situado en la parte más baja, como sucede en Valentín y en Basílides. A su vez, siguiendo la clasificación de este autor, hay otro conocido como *modelo iranio*, el cual tiene una influencia decisiva de la religión zoroástrica por ser radicalmente dualista, es decir, por postular dos principios ingénitos: la luz y la oscuridad.⁸ Cabe señalar que en este segundo modelo, cuya figura principal es Mani, el acontecimiento capital sucede no en las alturas luminosas, sino en el abismo, habitado por demonios. Estos, inmersos en una batalla de proporciones colosales, se acercan al reino de la luz y se enamoran de ella; mejor dicho, la miran con lujuria, lo cual tiene consecuencias significativas para ambos mundos.⁹

Al respecto, Teodoreto (siglo V), en su *Haereticarum fabularum compendium*, nos ha legado información de gran importancia sobre esta cuestión. En esa obra habla sobre el credo “pestilencial” de Mani, quien

⁶ Para esta breve descripción de la teología gnóstica de Marción, ver: Hans Jonas, *La religión gnóstica. Los mensajes del Dios Extraño y los comienzos del cristianismo*, Siruela, Madrid, 2000, pp. 161-175.

⁷ Epifanio, *op. cit.*, vol. II, p. 26.

⁸ Vid. Hans Jonas, *op. cit.*, pp. 255-256.

⁹ *Ibidem*, pp. 234-236.

vivió en Persia, en el siglo III de nuestra era. Nos dice que este postulaba la existencia de dos entes eternos: Dios y materia (materia: Ahriman, Iblis, Archidemonio). Dios era la luz; la materia era la tiniebla. Dios era concebido como un árbol que daba frutos luminosos; la materia, frutos podridos. Ambos, Dios y materia, se ignoraban mutuamente. Pero un día, en algún momento del tiempo, hubo una guerra en el interior del mundo de la materia. Los seres que la conformaban, es decir, los ídolos, los demonios, el fuego... iniciaron una batalla de proporciones ilimitadas. Todos, en el mundo de la materia, se mataban unos a otros; todos peleaban, todos estaban en guerra. Tal era la situación, que el conflicto en el interior del mundo de la materia alcanzó al reino de la luz. Entonces Dios, al ver la guerra de la materia, sintió temor, pues no tenía tempestades, ni rayos, ni agua para provocar diluvios, con los que defender al reino de la luz. En su caso, los habitantes del reino de la materia, en medio de la batalla en que estaban inmersos, al ver el mundo de la luz, sintieron una gran atracción, una seducción irresistible. El mal sucumbió al encanto del bien. Entonces Dios, temeroso, optó por tomar una parte de la luz, la cual usó como señuelo y la lanzó al mundo de la materia, a la manera de quien lanza pedazos de carne cruda a perros hambrientos y rabiosos. La materia se tragó la luz, que son todas las almas. Al hacerlo, se sorprendió enredada en una trampa. De ahí, dice Mani, que Dios tuviera necesidad de crear el mundo. Pero las partes del mundo no son obra de Dios, sino de la materia o, lo que es lo mismo, del demonio. Dios lanzó la luz al mundo de la materia esperando disolver los combates que en ella se suscitaban, con la idea de que la misma luz pronto sería liberada.

Según Mani, el hombre no fue creado por Dios, sino por el arconte de la materia, cuyo nombre es Saklas. Por su parte, Eva era hija de Saklas y de un demonio llamado Nebrod. Adán fue creado con figura de bestia. Eva nació muerta. Una virgen masculina, hija de la luz, dio vida a Eva. Entonces Eva liberó a Adán de su figura bestial. Al hacerlo, fue privada de la luz. Luego Saklas copuló con Eva, engendrando, así, un hijo de figura bestial. Se dice que posteriormente Saklas siguió fornicando con ella.

Teodoreto continúa diciendo que los seguidores de Mani llamaban dioses a la luna y al sol. En ocasiones llamaban al sol, Cristo, porque el sol se eclipsó en el momento de la crucifixión. A veces afirman los

maniqueos que el sol y la luna son naves que transportan las almas de los muertos del reino de la materia al de la luz, es decir, gracias al sol y a la luna, a que esas divinidades astrales se llevan las almas de los muertos de este mundo de frutos podridos al mundo celestial, es que se va eliminando la mezcla maligna acaecida en este mundo. Dicen los maniqueos que cuando toda la luz sea rescatada del mundo de la materia, este mundo quedará reducido a una masa informe, la cual se consumirá en las llamas. Idéntica suerte tendrán las almas que no han creído en Mani. El mismo Mani afirma que las nupcias son una institución del diablo; sus seguidores rechazan, además, la beneficencia hacia los pobres, pues la consideran un servicio a la materia. Dicen los maniqueos que el Señor no asumió alma ninguna, ni tampoco cuerpo, sino que se manifestó como un simple hombre, sin tener nada de humano, de modo que la crucifixión y la pasión sucedieron solo en apariencia. Tal fue, según Teodoreto, el credo de este profeta persa que fue devorado por los perros.¹⁰

Estas creencias sobrevivirán en el bogomilismo y en el catarismo medievales, lo mismo que en el mandeísmo iraquí contemporáneo. ¿Alguien podrá negar que este sea el mundo de Cioran?

III. Los adoradores de los burros

Los templos, las riquezas ganadas en las batallas y las escrituras de los antiguos fueron devorados por el fuego. La sombra de la muerte, el hambre, la indigencia, aparecieron por todos lados. Se imploró a los dioses, se consultó a los libros proféticos, se hicieron procesiones y vigias. Todo resultó inútil. Fue entonces que apareció otro fuego: el del odio contra Nerón, de quien se sospechaba que había sido el culpable de las llamas implacables. Este, para atenuar las murmuraciones, acaso para ocultar su infamia, buscó chivos expiatorios. Según el libro XV de los *Anales* de Tácito, los encontró en los cristianos, gente ruin y despreciable, portadora de una *execrable superstición* que lamentablemente había infectado la ciudad con sus locuras, entre ellas, la de odiar al género humano. Esta fue la causa de que se les entregara, con voracidad, al suplicio. En pa-

¹⁰ Vid. Fernando Bermejo Rubio y José Montserrat Torrents (Coords.), *El maniqueísmo. Textos y fuentes*, Trotta, Madrid, 2008, pp. 458-461.

labras del historiador romano: “Morían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces. Al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran como iluminación durante la noche”.¹¹

En el libro IV de su *Historiarum libri*, Tácito intensificó sus alusiones despectivas respecto de los cristianos diciendo que eran adoradores de una cabeza de burro, algo que otros autores paganos, como Flavio Josefo en su *Contra Apionem*, Plutarco en su *Symposium* o Minucio Félix en su *Octavius*, también habían señalado y que visualmente puede constatarse en el grafito de Alexámenes, el cual data del siglo I. Según Tertuliano, quien murió siendo montanista, es decir, creyendo en la inminencia del fin del mundo, Tácito era un *charlatán mentiroso* que al proferir estas calumnias evidenciaba una despreciable ignorancia. Son sus palabras:

En su errada opinión, los judíos en una expedición a lugares inhóspitos en los que sufrieron escasez de agua, salieron airoso por los onagros, a los que se consideraba capaces de encontrar agua cuando buscaban el pasto, que les indicaron las fuentes y así, por este favor, los judíos adoran una representación similar de esta bestia. De ahí, me parece, se presumió que también a nosotros, como próximos a la religión judía, se nos inicia a la misma representación”¹².

Al parecer, la apreciación de Tácito conforme a la cual los cristianos adoraban una cabeza de asno era algo corriente entre las adjudicaciones infamantes que se les hacían en los primeros siglos. El mismo Tertuliano añade que había en su tiempo un judío loco, acostumbrado a despellejarse el cuerpo, que hizo una pintura en que los mostraba siendo partícipes de ese culto despreciable: “Esta representación tenía las orejas de burro, con toga, un libro y los pies en forma de pezuñas. Abajo se advertía una inscripción: adoradores de bestias”.¹³ Otras falsedades que les fueron imputadas eran que en sus congregaciones secretas comían cadáveres, violaban y sacrificaban niños, degustaban panes con sangre mientras se

¹¹ Tácito, *Anales*, Gredos, Madrid, 2017, p. 243.

¹² Tertuliano, *A los paganos*, Ciudad Nueva, Madrid, 2004, p.78.

¹³ *Ibidem*, p. 83.

lanzaba comida a unos perros que estaban atados a candelabros, los cuales, en plena agitación, los derribaban dando paso a la completa oscuridad en la cual se entregaban a lascivias incestuosas. En palabras de Cecilio, el personaje defensor del paganismo, en el *Octavius* de Minucio Félix:

Cuando el calor de los manjares y de la bebida ha estimulado el ardor de la lujuria, incitan a un perro, atado a un candelabro, a que salte y se arroje sobre un panecillo, lanzado fuera de su alcance. Así, derribada y extinguida la luz traidora, se abrazan al azar a favor de las tinieblas, favorecedora de la impudicia, resultando todos incestuosos por la voluntad, aunque no todos lo sean de hecho, porque todos desean el pecado cometido por cada uno”¹⁴.

Con estos oprobios y calumnias, se entiende que el cristianismo, al abandonar gradualmente la persecución de la que era objeto en sus comienzos, haya sido propenso al resentimiento, luego al deseo de venganza. Respecto de este resentimiento, pensemos en Tertuliano. Pasaba horas frente a los pergaminos poniendo en práctica sus argucias dialécticas en contra de los gentiles. Su pluma, temblorosa de rabia, multiplicaba las palabras:

Unos cristianos han sido abrasados ya por las llamas; la espada ha quitado la vida a otros; algunos han sido devorados por las bestias. Hay otros que, en la cárcel, tras sufrir azotes de varas e incluso con garras, desean el martirio. Nosotros mismos estamos acechados desde lejos como liebres que se han de cazar. Mientras, como de costumbre, los herejes atacan.¹⁵

En una situación así, se dispuso a enfrentar las invectivas de los filósofos contra el cristianismo oponiendo a su ponzoña la exposición de la verdad; lo mismo hizo con el veneno emanado de las sectas gnósticas. La teología aparecía, entonces, como su campo de batalla. En ella, el martirio sufrido por los cristianos era asumido como un favor de Dios. Y es que “Dios cura las almas por medio de fuegos y espadas y muchas

¹⁴ Minucio Félix, *El Octavio*, Apostolado mariano, Sevilla, 1990, p. 33.

¹⁵ Tertuliano, *El escorpión*, Ciudad Nueva, Madrid, 2004, p.104.

otras atrocidades”.¹⁶ Su aparente crueldad es en realidad una gracia. Sucede lo mismo con la persecución: es un acto de amor divino en el cual ha sido implicado el diablo para ejercerla. Con ella se prueba la fe; es como un viento que separa las malas semillas de las buenas. Todo es cuestión, en suma, de ver en los descuartizamientos una bondad que viene de lo alto. Desde esa altura, acaso, el apologista africano sigue riendo al observar los tormentos de los incrédulos que se consumen en el infierno. En lo que concierne a la venganza, no hace falta más que recordar el Edicto de Tesalónica, ordenado por el emperador Teodosio en el año 380, auténtica sentencia de muerte del paganismo, cuyos vestigios, cualesquiera que estos sean, son considerados en ese decreto como insensatos y heréticos, dignos de ser destruidos por la ira de Dios y por la iniciativa de los propios cristianos.

IV. El cristianismo de Cioran

De la proscripción a la posición de verdugo, he aquí una síntesis de los primeros cuatro siglos del cristianismo. En adelante: “La era de la gran Fealdad comienza: una histeria sin calidad se extiende por el mundo”.¹⁷

Al leer el escrito de Cioran titulado *Los nuevos dioses*, no logro evitar sentir en su autor una extraña nostalgia por el paganismo. En esas breves páginas se señala a los primeros cristianos de ser expertos en el arte de detestar; bárbaros sin pasado y sin gloria, advenedizos recientes surgidos en los arrabales del imperio, son acusados de pisotear el refinamiento de los antiguos. Su delito principal: haber impuesto una tiranía en el campo del espíritu; haber encadenado las almas a un cadáver clavado. Propagadores de la enfermedad monoteísta, enterradores de los antiguos dioses, son culpables de haber instaurado la neurastenia de la fe, el reino de la intolerancia y la agresividad. Llegado a este punto, Cioran alude al emperador Juliano, que junto a Celso, parecen ser sus dos talismanes frente a la gris sombra de la Cruz. Él dice:

Por legítima que haya sido su pasión por los dioses difuntos, Juliano no tenía oportunidad alguna de resucitarlos. En lugar de

¹⁶ *Ibídem*, p. 114.

¹⁷ Cioran, *Breviario de podredumbre...*, p. 132.

ocuparse en ella inútilmente, habría hecho mejor en aliarse por rabia con los maniqueos y zarpar con ellos a la Iglesia. Así, sacrificando su ideal, hubiera al menos satisfecho su rencor. ¿Qué otra carta que la de la venganza le quedaba todavía por jugar?”.¹⁸

Catorce siglos después, en plena agonía del cristianismo, claudicados el fervor y la agresividad de esta religión, Cioran elige la alternativa sugerida al emperador apóstata. ¿Rencor, venganza? Yo creo que en el fondo él tiene, a pesar de sus reticencias, mucho de cristiano. Acaso su opción de revivir los antiguos postulados gnósticos y maniqueos no sea otra cosa que inocular un poco de veneno en ese credo que tanto ha vilipendiado y, de esa manera, intentar salvarle de la situación de reliquia moribunda en que se encuentra. (Entregar el cuerpo de los muertos a las picaduras de las víboras es, de algún modo, una tentativa por revivirlos). Y más:

Hay en mí elementos cristianos, demasiado cristianos: la tentación de la mendicidad, la del desierto y los accesos demenciales de compasión. Diferentes expresiones de la renunciación. —Las toxinas cristianas nos han dejado en la sangre el veneno de un absoluto que nos corta la respiración, más sin el cual no podemos ya vivir”.¹⁹

Post Scriptum

Cioran, la mística y el demonio: Una experiencia imprevisible

Repentinamente, sobre ti, aparecen relámpagos. El cielo se abre. Incendio en los astros. La tierra tiembla. Llueven gritos en el horizonte. Colapsa la luna. Los muertos despiertan. Hablan los pájaros. Lagartos reptan en los altares de los templos. El sol, esa araña, se congela. Las montañas se derrumban. El viento y las lluvias azotan los árboles. Y tú, solo, perdido, te resquebrajas en Dios.

¹⁸ Cioran, *El aciago demiurgo...*, p. 36.

¹⁹ Cioran, *Lágrimas y santos*, Hermida editores, Madrid, 2017, p. 196.

Urgencia del demonio

Esos momentos en que, gracias a un designio que viene de lo alto, deshabitados de todo indicio de maldad, nos elevamos a la altura de los seres celestiales, como si no fuéramos de este mundo. Rodeados de una aureola de bondad inesperada, nos sentimos extraños, en una situación en la que nos han usurpado el alma. Entonces, en la contigüidad de los ángeles, lejos de aquí abajo, en el vértigo del bien, imploramos la ayuda del diablo. Es así que nos dirigimos a él en estos términos: *“Tú, Señor, que tan bien sabes sembrar la discordia entre nosotros, no me dejes solo, suscita en mí un mal pensamiento, pues tengo miedo de esta transfiguración de mi sangre. No me abandones, Señor, que yo ya no soy yo; sálvame de este abismo”*.